

BREVIARIOS DE LA
FUNDACIÓN
“ANTONIO PEREIRA”

7

ANTONIO PEREIRA
Y LOS LECTORES DE
PONIENTE

JOSÉ ENRIQUE MARTÍNEZ
(coord.)

Antonio Pereira y los lectores de Poniente / José Enrique Martínez (coord..). – [León : Universidad de León : Fundación Antonio Pereira, 2015]

92 p. ; 16 cm. – (Breviarios de la “Fundación Antonio Pereira” ; 7)

ISBN 978-84-9773-719-7

1. Pereira, Antonio (1923-2009)-Crítica e interpretación.
I. Universidad de León. II. Fundación Antonio Pereira. III.
Martínez Fernández, José Enrique

821.134.2 Pereira, Antonio 1.07

ISBN: 978-84-9773-719-7

Depósito Legal: LE-169-2015

Imprenta Kadmos

Salamanca 2015

Índice

PRESENTACIÓN

Lectores de Poniente

José Enrique Martínez 9

Antonio Pereira en el espejo de su literatura

José A. Ponte Far..... 29

Memoria con Antonio Pereira

Luciano Rodríguez..... 41

Pereira en el nombre de la literatura

Xosé Carlos Caneiro..... 55

Últimas tardes con Pereira

José Miguel Alonso Giraldez..... 69

PRESENTACIÓN

LECTORES DE PONIENTE

El día 26 de marzo de 2014, la Fundación Antonio Pereira organizó una mesa redonda en la que intervinieron, por este orden –que será el que se siga en este Breviario–, José Antonio Ponte Far, Luciano Rodríguez, Xosé Carlos Caneiro y José Miguel Alonso Giráldez. El título de la mesa redonda fue “Antonio Pereira: los lectores de Poniente”, haciendo un guiño a uno de los libros de relatos del autor villafranquino, *Las ciudades de Poniente*, publicado en 1994, cuya cubierta posterior decía: “En las ciudades de Poniente las tardes son lentas y propicias para el vino y la confianza, y quienes viven en ellas o las visitan terminan

acostumbrándose a que las rarezas sean lo más natural del mundo”.

Poniente era para Antonio Pereira un espacio geográfico extenso, dilatado, como aclaró en uno de los cuentos del libro citado, “El asturiano de Delfina”, en cita obligada que volveremos a encontrar en el artículo de Luciano Rodríguez, dentro de este mismo breviario:

—En todo el Poniente, las tardes tienen como una lumbré que les falta a las mañanas— y don Antonio habló de esta porción de España que siempre le bastó para su vida: —Somos gente del noroeste. El noroeste es un país grande. Es la Galicia de los líricos antiguos y de los fabuladores de hoy, pero también la Asturias de *La Regenta* y la Sanabria de *San Manuel Bueno*, y, por supuesto, el Bierzo y los de Astorga, digamos que hasta el Torío para que quede dentro la catedral de León...

—¿Y la Tierra de Campos?— se me ocurrió porque justamente Delfina procedía de allí.

Se quedó pensando.

—Está bien, pongamos que el noroeste llega hasta el castillo de Grajal. Pero de ahí no paso ni una legua.

Los lectores habituales de Pereira saben que en buena parte de su obra, tanto poética como narrativa, se respira el aire de ese noroeste de la Península que incluye Asturias, León, La Sana-bria, Galicia y el Norte de Portugal. Ya en 1969 publicó un *Cancionero de Sagres*, en el que anotó poéticamente sus impresiones de viajero por la vecina Portugal, “sobre el terreno”, como aclaraba el poeta respecto a la escritura del libro. Se trata, en efecto, de un verdadero cancionero de viaje. Y por ello se adoptan ritmos populares, romances, seguidillas... El poema nace de la anécdota, del lugar visitado, de un hecho curioso... Villafranquino, hombre de frontera, Portugal era para Pereira una vieja querencia. El poeta sólo tiene que seguir el rastro del corazón, y el corazón persigue un paisaje, un paisaje de pueblos y ciudades, un

paisaje con hombres. De éstos, el poeta elige los anónimos del trabajo y de la pena. La historia de héroes, navegantes y conquistadores se sugiere, pero el poeta sabe que esa historia descansa sobre otra minúscula, anónima, intrahistórica, que es la que al poeta le interesa, las cosas y los seres humildes, los que trabajan en el telar o en el metal, las aldeas desperdigadas por la sierra, los trenes pequeños, los regajos de agua... En consecuencia, adopta una expresión de aparente sencillez y facilidad y un tono de amables guiños al lector.

No trato de recoger aquí, ni mucho menos, todas las alusiones del narrador villafranquino a la atmósfera natural y humana del Poniente español, sino de trazar algunas escasas pinceladas que justifiquen la llegada desde Galicia de cuatro lectores de Pereira para ofrecer en León, en mesa redonda, nuevos testimonios humanos y literarios sobre nuestro escritor villafranquino. Ya se ha señalado que en 1994 publicó Antonio Pereira *Las ciudades de Poniente*, con un primer cuento, “Cuadros para

una exposición” en el que una pintora extranjera buscaba modelos para desnudos en una ciudad de Poniente que el narrador no quiere nombrar, porque “ésta es una ciudad de abolengo, mejor si en el cuento no pone el nombre de la ciudad ni de nadie”. En 2006 recogió Pereira una selección de sus relatos con el título significativo *Cuentos del Noroeste mágico*. González Boixo escribía en el prólogo:

El título es indicativo del motivo que unifica la selección de cuentos: un espacio geográfico real convertido en territorio literario, esas tierras del noroeste de España [...] en las que transcurren la mayor parte de las “historias” narradas por Pereira o que le sirven de evocación a sus personajes cuando se alejan de ellas.

Cómo no recordar el comienzo de “La ilustre casa de los Pereira”, de *Cuentos de la Cábila* (2000): “En los veranos me llevaban a Portugal. Era hermoso marchar al extranjero, cruzar la frontera...”, aunque fuera en la hirviente imaginación del adolescente, pues “todo esto de Portugal se me

ocurría a mí con los calores que le ablandan a uno la sesera”. Pero la nación vecina fue una devoción permanente en Antonio Pereira: “Lisboa es una fiesta. Lo es para mí desde el principio hasta el final de cada día, salvo una hora casi dolorosa, la del anochecer en Portugal...”. Así escribía en “Don Sebastián, don Sebastián...”, último de los cuentos de *La divisa en la torre* (2007), evocando “la hora de la saudade”, esa hora en que una mezcla indefinible de melancolía, añoranza y nostalgia parece impregnar el ambiente, como la emoción poética dispuso en el *Cancionero de Sagres*:

Anochecer en Portugal.
Toda la melancolía
del mundo pesa en el alma.
¡Qué lenta la anochecida...
Lisboa enciende faroles
mientras la guitarra afina
su voz delgada de llanto
en barrios de pena antigua.

JOSÉ ANTONIO PONTE FAR, Catedrático de Instituto de Lengua y Literatura, se doctoró con una tesis sobre la obra de Gonzalo Torrente Ballester. Como estudioso de la literatura su interés se centra en la narrativa contemporánea. Entre sus libros, pueden citarse *La renovación de la novela en el siglo XX: del 98 a la Guerra Civil* (1992), *Galicia en la obra narrativa de Torrente Ballester* (1994), *Cuentos españoles del siglo XIX* (2000), *Dos solos de "Clarín"* (2001) y *Plácida mirada* (2013), que es una recolección de artículos de prensa, pues colabora semanalmente en *La Voz de Galicia*. En dicho medio, justamente, publicó, el seis de abril de 2014, el artículo "Reivindicando lo bueno", en el que lamenta que escritores de tantas virtudes literarias como Antonio Pereira no disfruten del favor lector, crítico y editorial que merecen. Y lo escribe en relación con la mesa redonda celebrada diez días antes en León; dice, entre otras cosas:

Los cuatro profesores que allí hablamos de Pereira mantuvimos una tesis que, luego en el coloquio, vimos cómo la compartía la totalidad

de los asistentes que intervinieron en él. Todos coincidíamos en que el escritor de Villafranca era uno de los tres mejores autores contemporáneos de cuentos literarios, si no el primero, de España. De los 215 que se recogen en su libro póstumo *Todos los cuentos* (Siruela, 2012), media docena de ellos podría figurar entre los 25 mejores en los últimos 50 años. Partiendo de tales premisas, nadie se puede explicar cómo este autor no es conocido a lo largo y ancho de España, cómo no fue reconocido en vida con los premios oficiales que sí se le han concedido a escritores de mucho menos nivel [...]. En Ferrol tuvimos la suerte de escuchar en fechas diferentes a Antonio Pereira y, sin duda, serían muchos de los oyentes los que leerían después con interés sus libros de relatos. Y se encontraron con una literatura sencilla, llena de valores humanos, de atención a los pequeños detalles, siempre con un toque de ironía, de escepticismo, de sabiduría. Así era, también, el escritor. Por encima de artilugios técnicos, su obra literaria es un reflejo del talante de un hombre apacible y generoso,

con un mundo interior muy rico. Y una capacidad para contar, oralmente o por escrito, muy difícil de igualar en la literatura española.

En su intervención en la mesa redonda, que se publica en este breviario, Ponte Far aludió a sus relaciones literarias y personales con Antonio Pereira, para destacar después, a la luz de cuentos concretos del villafranquino, algunas características generales de su narrativa, como la sencillez, la capacidad para trasladar al cuento el don especial de la narración oral que el escritor poseía, el erotismo sutil y sugerente, los finales abiertos de los cuentos, que imaginan o pretenden un lector activo que los complete, el gusto por los ambientes con aires de nobleza decadente y la valoración de los pequeños placeres de la vida diaria.

LUCIANO RODRÍGUEZ es Profesor Titular de Literatura da Universidade da Coruña, con amplia experiencia como docente y una extensa labor en el ámbito de la edición y el estudio de la literatura. Entre sus obras, pueden destacarse *Historia*

da Literatura Galega. Estudio e Antoloxía (entre 1982 y 1997), *Desde a palabra, doce voces. Nova poesía galega* (1986), *A Poesía de Aquilino Iglesia Alvariño* (1994), *Los caminos de la voz* (1995), *Poesía Gallega Contemporánea* (1996), *Poesía de Miguel González Garcés* (1999), *Galician Generation of the Eighties. Three Poets* (1999) y *Poetas Galegos do Século XX* (2004). A su cargo corrió, entre otros trabajos de edición, la *Poesía reunida (1957-2001)* de Xohana Torres (2004), con importante estudio introductorio.

La devoción de Luciano Rodríguez por la escritura de Antonio Pereira motivó que editara personalmente, en cuadernillo, su intervención en la mesa redonda de León, intervención que recogemos también en este breviario. En ella, considera a Antonio Pereira como “uno de los narradores hispánicos más importantes del siglo XX”, creador de un territorio literario, el territorio del Noroeste, tan cualificado como otros acaso más conocidos, llámense Celama, Región,

Comala o Santa María. Luciano Rodríguez evoca sus encuentros con Antonio Pereira a partir de 1970, el primero, con la lectura reciente de *Una ventana a la carretera*, primera lectura de un autor vivo, lo que le lleva a estimar al escritor villafranquino como su “padre literario, en cuanto que iniciador e inspirador a la lectura de cuentos”; conversaciones posteriores con Antonio Pereira, en 1994, lo movieron a la traducción al gallego del cuento “El apartamento”, de *Las ciudades de Poniente*. Entre otros encuentros personales o literarios merece la pena consignar que en 2009, el primer Encuentro de Traductores, celebrado en Castrillo de los Polvazares, acarreó la publicación en castellano (2009) y en gallego (2010) de una serie de textos en relación con el Camino de Santiago. Luciano Rodríguez coordinó el equipo de traducción al gallego: *Alá no Noroeste...* acoge, entre otros textos, cinco poemas y dos cuentos de Pereira. Uno de ellos, “La barbera alemana” le sirve para ejemplificar “algunos ingredientes

esenciales” de la narrativa del escritor villafrantino, como su sabiduría para crear expectativas en el lector y mantener su atención mediante la oportuna dosificación de la información, con un final siempre sorpresivo.

XOSÉ CARLOS CANEIRO (Verín, 1963) es Diplomado en Magisterio y Licenciado en Geografía e Historia, Asesor del Centro de Formación del Profesorado de la Consellería de Educación y Ordenación Universitaria, y Profesor del curso “Arte da Ficción e Creación Literaria” de la Universidad de Vigo. Es el único escritor gallego que ha ganado todos los premios más relevantes en idioma gallego. En poesía: “Celso Emilio Ferreiro”, “Cidade de Ourense”, “Xohán Carballeira”, “Rosalía de Castro”, por los libros, respectivamente, *Da túa ausencia* (1999), *Estación Sur* (1994), *A Valga do triste amor* (1997) y *Aínda soñas con piratas?* (1999). En narrativa, citamos entre los numerosos premios obtenidos, “Xerais” de novela (por *O infortunio da soidade*, 1992); “Breogán” (Por el

relato “Bette Davis, por favor”, incluido en *Loias, lucérnulas e outras historias no fío de Monterrei*, 1995), “Premio Castela de Narrativa 1996” (por “Trinta e sete días sen verte, Laura” incluido en el volumen colectivo *Unha liña no ceo, 58 narradores galegos*, 1996), “Torrente Ballester de narrativa 1996” (por *Un xogo de apócrifos*, de 1997, que fue también “Premio Nacional de la Crítica en lengua gallega 1998” y finalista del “Premio Nacional de Narrativa 1998”), traducida por Espasa Calpe al castellano; en marzo de 2000 obtuvo el “I Premio «Risco» de literatura fantástica” con la novela *A rosa de Borges*, publicada también en castellano en febrero de 2001; en el mismo año fue “Premio Blanco Amor” por *Ébora*, también publicada en 2002 en castellano; en 2011 recibió el premio de periodismo Francisco Fernández del Riego, el de mayor dotación económica en Galicia. Otras obras del autor son: *Os séculos da lúa* (1999), novela, acaso su obra más ambiciosa y compleja, *Triloxía dos tristes* (2001), libro de relatos, *Os dominios de Caín* (2006), ensayo sobre estética y libertad en

la literatura. *De bar en bar. Para abrazarte escribo* (2006), *A vida nova de Madame Bovary* (2008) novela de largo aliento que a lo largo de más de 700 páginas recoge las andanzas de una Madame Bovary del siglo XXI; *Blue Moon*, (2009), breve pero intensa novela que tiene como asunto central la búsqueda de la belleza y uno de los temas centrales de la narrativa de Caneiro, el amor; *Un último destino* (2010) cierra el ciclo iniciado en 1992 con *O infortunio da soidade*, diez novelas con personajes comunes, el mismo espacio narrativo y una estilística propia del autor; *A máscara de Ulises* (2013), libro de relatos, y *Las arañas en Berlín* (2013), su primera novela escrita originariamente en lengua castellana. En total ha publicado más de treinta libros y miles de artículos periodísticos.

Colaborador de *La voz de Galicia*, también Xosé Carlos Caneiro, en el artículo “Hay que ler a Pereira” (25 de abril de 2014) se lamentaba de la ignorancia en la que ha solido caer la escritura del villafranquino:

Entre todos os grandes autores pretéritos capaces de resolver coa súa luz, coa súa obra, as barcas da literatura, encontro a Antonio Pereira. É autor magnífico. Quizá, ou sen quizá, o mellor escritor de relatos da literatura en lingua española, ou lingua do Bierzo, tan próxima a Nós. Pereira escribía coa seda do verso, porque tamén era poeta, e vestía con plumas de tenue beleza cada unha das súas páxinas. É un autor magnífico, insisto. Un home que non recibiu en vida o recoñecemento que a súa literatura merecería e que, ausente —finou hai cinco anos— é absolutamente preciso e urxente recuperar. Tiña moito de Galicia. A súa lingua e parte da nosa, un híbrido de orixinal textura que tira e seduce e revela, pola súa orixinal prosodia, ao lector. É un Cunqueiro de Villafranca, un Dieste de León: un xenio, sen dúbida, de aquí e acolá [...]. Ler a Pereira segue a ser un dos hábitos máis prazenteiros da miña vida. Quero contaxiar este gozo rotundo. Hai que ler a Pereira. Repito: Hai que ler a Pereira.

En el artículo que recoge su intervención en la mesa redonda de León, al hilo del “Decálogo del perfecto cuentista” de Horacio Quiroga y del que Pereira trazó en el prólogo de *Me gusta contar* (1999), realiza un brillante ejercicio metaliterario que supone la reivindicación de la verdadera literatura frente a la mercantilización y frente a la escritura banal, sumisa o reductiva, entendiendo que en la primera se sitúa Antonio Pereira, junto a otros maestros del cuento como Borges, Cortázar o Faulkner. Considera a nuestro escritor “uno de los más eximios autores de cuentos de la historia de la lengua y literatura españolas”, uno de “los artistas excelsos que practican este arte”, el arte del cuento. A la vez, el artículo de Caneiro supone también la reivindicación del cuento mismo, pues en su brevedad “cabe el destino, la muerte, el ser humano”, constituyéndose en “el verdadero territorio del narrador que pretende construir de modo exacto, precioso y preciso, ese arte literario inaccesible para la mayoría y posible para

los elegidos”, concluyendo que si lo primero del cuento es –en afirmación de Pereira–, tener una historia que contar, el final tiene que consistir en “seguir soñando”, acaso uno de las grandes pretensiones de la literatura, “el arte que se construye con la belleza como axioma y con el desafío, el reto, como fuerza motriz”, el reto de vencer al tiempo.

JOSÉ MIGUEL ALONSO GIRÁLDEZ (Toldanos, León, 1962) es actualmente profesor titular de literatura inglesa e irlandesa en la Universidad de A Coruña (UDC). Ha trabajado fundamentalmente en el ámbito de la literatura contemporánea, con especial incidencia en la literatura irlandesa y australiana, pero también con numerosas incursiones en la literatura española, fundamentalmente en el ámbito de la literatura comparada, la recepción, la mirada poscolonial y el nuevo periodismo, así como los estudios sobre diásporas y diversidad cultural. También ha llevado a cabo algunas investigaciones sobre Shakespeare y las traducciones

de *El Quijote* al inglés. Ha contribuido como ponente en numerosos congresos, tanto nacionales como extranjeros, y ha publicado varios trabajos de investigación, sobre todo en temas relacionados con Irlanda. Es miembro actual del profesorado de postgrado en el Instituto de Investigación de Estudios Irlandeses ‘Amergin’ (UDC, España), y miembro de la Asociación Española de Estudios ingleses y norteamericanos (AEDEAN), la Sociedad Europea de Estudios Ingleses (ESSE), la Asociación Española de Estudios Irlandeses (AEDEI) y la Asociación Española James Joyce, entre otros. En el ámbito de la comunicación, mantiene una columna de opinión y análisis en la prensa gallega desde 1992, y elabora y presenta un programa radiofónico semanal de una hora de duración sobre literatura contemporánea y crítica literaria, desde el año 2005. Tanto en prensa como en radio, ha cultivado especialmente la entrevista, siempre dentro del ámbito de la literatura. Del ámbito de la comunicación proviene sobre

todo, según él mismo ha señalado, su relación y su amistad con Antonio Pereira, al que conoció en la década de los ochenta.

José Miguel Alonso Giráldez evoca, sobre todo, sus largas conversaciones con Antonio Pereira, bien en las entrevistas para la radio, bien telefónicas, reconociendo en él una mágica capacidad de seducción con su facilidad y gracia en el hablar, pues conocía como nadie el secreto del filandón, de la narración oral. Y entre los asuntos que podían salir a relucir (amigos, literatura, etc.) es curioso el gusto de Pereira por las herramientas, por los nombres de aperos e instrumentos de ferretería, cosa que le venía de familia, pero “él encontraba en los objetos un enorme poder, la fuerza de la memoria de los que un día los tocaron o los usaron”, pues “en ellos se acumulaba el polvo y el poso del recuerdo. Pone de manifiesto, entre otros aspectos, el lado gallego de Pereira, tanto personal como literario, que el escritor cultivaba, pues en Galicia parecía encontrar “el cordón

umbilical que le unía a la tierra madre”. Califica a Pereira de escritor memorioso, pero no exactamente autobiográfico, pues aderezaba los asuntos de sus cuentos con una gran capacidad fabuladora, dando pábulo a la imaginación y a la ficción, de ahí el apelativo de “engordador de recuerdos” que le merece.

JOSÉ ENRIQUE MARTÍNEZ

ANTONIO PEREIRA EN EL ESPEJO DE SU LITERATURA

JOSÉ A. PONTE FAR

Tengo muy poco tiempo para exponer la gran cantidad de cosas que me gustaría decir de Antonio Pereira, de su persona y de su obra narrativa. Tanto su calidad humana como su capacidad narradora me facilitarían hablar de Antonio mucho más tiempo del que dispongo en esta intervención conjunta con otros compañeros. Vaya, pues, por delante, mi enorme admiración por el escritor y mi profundo aprecio por ese hombre de bien que fue Antonio Pereira.

Yo conocí antes al escritor que a la persona, como suele ocurrir con los escritores. Lo que ya

no es tan normal es que lo primero que leí de Antonio fuesen unos folios corrientes, grapados y escritos a máquina, presentados bajo el título *Las ciudades de poniente* al premio de narrativa “Torrente Ballester”, que convoca anualmente la Diputación de A Coruña y de cuyo jurado formaba parte. Era el año 1993, y ese libro mecanografiado, humilde en apariencia y contenido, acabó llevándose el premio con absoluta superioridad sobre los varios cientos de obras presentadas. Poco después, cuando vino a recoger el premio a A Coruña, ya conocí a Antonio y ahí empezó una relación de amistad, lejana y poco frecuentada, pero muy cariñosa y, por mi parte, con una base de absoluta admiración, que iba creciendo a medida que leía sus obras anteriores y las que fueron publicadas a partir de ese 1993, año del premio.

Yo quisiera destacar en esta intervención algunas de las notas que a mí, personalmente, me parecen las más características de la narrativa de Antonio. Esos rasgos que hacen reconocibles,

como suyos, a muchos de sus cuentos porque llevan el sello indeleble de su prosa y de su talante, de su sentido del humor y de su fina ironía, de su concepto de la vida y de su atención a lo pequeño y a lo humilde. Esos detalles de estilo y de contenido que hacen que, leyendo el cuento, quienes conocimos a Antonio nos acordemos de él, sin importarnos que el relato esté narrado en primera o en tercera persona, esas son triquiñuelas literarias, porque en el fondo reconocemos algo de la apabullante presencia del autor.

Y para reseñar esas notas literarias que identifican a su autor, me centraré en unos cuentos, algunos de los cuales, además, tienen una ambientación gallega o marcadas alusiones a Galicia, un poco como reconocimiento de un lector gallego a un escritor berciano, casi un primo hermano. Empezaré por uno de los cuentos de Antonio Pereira de entre los que más me han gustado: “El toque de obispo”, de ese magnífico libro titulado *Cuentos de la Cábila* (2000).

El relato logra desde la primera línea un ambiente de modestia, de vida familiar sencilla, que ya estará presente hasta el final. Un padre, pequeño comerciante que antes fue herrero, y un hijo a las puertas de ser mocete viajan en el tren, en el correo de Galicia, hasta Astorga. Van en tercera, pero el padre decide que cenarán en el restaurante del ferrocarril. La novedad que eso supone para el chico, que es quien narra la historia, se traduce en admiración por todo lo que lo rodea: había ventiladores, espejos y marqueterías, un camarero de chaquetilla blanca. El padre, a su vez, tantea el filo de los cuchillos, le habla del corte inigualable de los de la marca alemana Solingen, alaba la loza de S. Claudio y le comenta detalles de fuelles del país y de almacenes. Al salir, se detienen en la plataforma del vagón, la noche estrellada, el olor que llegaba de los trigales... Todo es grato, sencillo y entrañable. Tanto que el padre, en un arrebato de familiaridad, puso su mano en la cabeza del niño y le revolvió el pelo, no fuese a parecer

una caricia... Suena el silbato de la máquina: un silbido largo y dos cortos. Y el padre le explica que ese es el “toque de obispo”, que los maquinistas hacen cuando se acercan a una ciudad episcopal, de las que tienen obispo, pero no son capital de provincia: Astorga, Calahorra, Guadix... Pero el padre, que es gallego, se toma una pequeña libertad. Le dice al hijo que donde los maquinistas se esmeran de verdad con “el toque de obispo” es en Mondoñedo. Tiempo después, el niño se enteró de que en Mondoñedo no hay tren, pero eso ya no importaba ni enturbiaba nada aquel viaje inolvidable de dos almas inocentes y sencillas. El ambiente creado y la sencillez de la escena y de los personajes sólo lo puede lograr un autor que tenga dentro esos valores, como es el caso de Antonio Pereira.

Otro cuento del que quiero hablar aquí es el titulado “Palabras para una rusa”. Yo tuve la suerte de oírsele leer a Antonio en un acto público en Ferrol y, como todos los que estábamos allí,

quedamos maravillados con esa lectura. Es un cuento cuyo tema central es la exaltación de la fuerza que tienen las palabras. La capacidad de sugestión que tiene la oralidad cuando las palabras encierran cadencia, sonoridad y misterio. Ese don natural de narrador oral extraordinario que Antonio tenía, se lo traslada en el cuento al protagonista narrador, pero en el fondo estamos viendo la fe que tenía el propio autor en el milagro eficaz de las palabras.

El cuento nos relata cómo un hombre español, sin ningún conocimiento del ruso, logra comunicarse con una mujer que sólo habla ese idioma, en un baile en el restaurante que comparten, y en el tiempo que duró la pieza bailada, fue capaz de suscitar en ella un espacio de intimidad y de tensión erótica, que era lo que se proponía. Y lo logró a base de recitar la Salve, la tabla de multiplicar hasta que se atascó en la del siete, pero volvió a recuperar la tensión con poesías de Lorca, de Zorrilla, de Crémer... Con su voz grave y sonora,

próxima a lo abacial, aquel hombre fue rompiendo la frialdad de la rusa hasta lograr una entrega anímica de esa mujer, que volvió al lado de su marido confundida y asombrada.

Hay en este cuento, entre otras muchas cosas, un tono erótico, sutil y sugerente, que es muy propio de otros muchos relatos de Antonio Pereira. Es un toque de finura del escritor, que siempre sugiere más de lo que dice. Podría citar docenas, pero me pararé, por aquel añadido del ambiente gallego del que hablé al principio, en el titulado “La espalda de Elisa”, del libro *Picassos en el desván* (1991).

Un narrador nos cuenta la peripecia que le ocurre al joven Ramón, un “maragatín”, en el pazo de unos parientes gallegos en el que pasa unos días, y en donde, además de libertad y buena vida, hay unas primas guapas, simpáticas y de todas las edades. Será Elisa, mayor que él y con mucho despapajo, la que se haga cargo del muchacho. Y le

pide que le dé unos masajes en la espalda. Llega puntual a la habitación de Ramón, sin más ropa que un mantón de seda envolviéndola, y luego se quedaba desnuda hasta la cintura. El chico se aplica a la espalda de su prima con seriedad, pero con la tentación de la carne en la cabeza. El momento crucial se da cuando Elisa le dice que ahora el masaje se lo tiene que dar por delante. Que, si quiere, cierre los ojos, pero ya “se estaba dando la vuelta, despacio, despacio”. Y así acaba el cuento, con un puente de sugerencias en un final abierto que ha de cerrar cada lector después de sacar sus conclusiones. Otra característica muy propia de nuestro autor, que, en la misma línea que Julio Cortázar, busca un lector activo, que participe en el cierre del relato.

En “La divisa en la torre”, primer cuento del libro con el mismo título, publicado en el 2007 encuentro algo muy propio del autor: el gusto por los ambientes románticos, con su aire de nobleza decadente y serena. En este caso es el pazo de

Fefiñanes, en Cambados, adonde el narrador, un hombre mayor, desahuciado por los médicos, acude en busca de un sol que lo reconforte y un mar que lo distraiga. Hay un ambiente valle-inclaniano latente, desde un mozo que haría un buen Cara de Plata hasta una chica que se llama también Isabel, personajes ambos de *Romance de lobos*. Pero lo que más me recuerda el talante de A. Pereira es esa serenidad con la que el personaje disfruta los breves, pero bellos momentos que le ofrecen esos días tan limitados por su enfermedad: es capaz de disfrutar de los atardeceres solemnes de Cambados, de regalar el recitado de unos versos a la familia del pazo, de saborear las filloas exquisitas de casa Rosita y, a pesar de tener el paladar y el gusto desgraciado por la quimio medicinal, degusta con delicadeza un vaso de albariño que le ofrecen sus anfitriones. Ese saber valorar los pequeños placeres, estéticos o materiales, de la vida diaria es algo que Antonio tenía muy asentado en su forma de entender la vida, por eso se filtra a muchos

de sus cuentos. En este mismo libro de *La divisa en la torre*, un narrador que podemos identificar plenamente con Pereira, cuenta en “Los cuadros del psiquiatra” una reunión entre él y su amigo Antonio Gamoneda, cada uno con su pastillero delante, hablando de libros y de enfermedades, pero tomándose un vino con un buen queso como tapa. Beben el vino, pero no acaban el queso, y para no tomarlo a palo seco, piden otro vino, que a su vez requerirá otro poco de queso... y así hasta que logran olvidarse de pastillas, enfermedades y médicos. El amor a la vida, a la conversación con el amigo, al momento agradable del ocio y bienestar se sobrepone a las adversidades de la vejez y a la miseria de la enfermedad.

El gusto por los mundos de antes, señoriales y de buen gusto, con pazos valle-inclanescos, con grandes bibliotecas y dueños distinguidos, con un vago recuerdo de ambiente gallego o portugués, lo encontramos con frecuencia en los cuentos de Pereira. Ese marcado gusto por este ambiente

decadente y noble, lo encontramos en “La ilustre casa de Pereira”, de *Cuentos de la Cábila* (2000). El autor describe unos días de verano que pasa en Portugal, en la casona familiar del tío Duarte Pereira, conocido en el lugar por el Fidalgo de Santo Rosa, y de la tía Guiomar. Eran la rama noble de la familia. Fantasea con aquel mundo, incluso puede llegar a ser suyo –los tíos no tienen descendencia– ya se ve con una bata de seda, leyendo plácidamente en la enorme biblioteca, cuando nos enteramos de que todo esto lo está soñando un día de verano viendo cómo corre el agua del río de su pueblo, mientras los demás chavales se están bañando. Así, claro, nunca pudo aprender a nadar. Por eso, en “El reconocimiento”, el microrrelato que cierra *Cuentos de la Cábila*, el autor resuelve su duda acerca de un problema de conciencia que se le ocurrió en el momento en que está cruzando el puente sobre el río Burbia que pasa por su barrio. Acaba de ser nombrado “Hijo predilecto” de su pueblo, va acompañado de un amigo de la

infancia y, ante la hipótesis de que cayesen los dos al río, se pregunta a quién rescatarían primero. Piensa que a él, por su título oficial, y siente una incomodidad moral porque le parece una supremacía injustificable sobre el otro, pero se consuela inmediatamente pensando que estaba bien esa preferencia por salvarlo a él: de todos sus amigos era el único que no había aprendido a nadar. Es que, mirando correr el agua y soñando con la ilustre dinastía Pereira mientras los demás se bañan, imposible aprender, querido Antonio.

MEMORIA CON ANTONIO PEREIRA

LUCIANO RODRÍGUEZ

(...) El poeta estaba a la puerta de nuestra tienda y por delante pasó una niña del sastre Leonardo Mestre. Una niña pequeña, aunque no sé calcularle los años. Don Antonio Carvajal Álvarez de Toledo se fijó en ella y la detuvo. La niña no se asustó demasiado y miró al señor de la capa con los ojos heredados, del color y la liquidez del mar. Entonces el vate, el que vaticina, posó sus dos manos largas y huesudas sobre la cabeza de Esperancita, tantos años antes de que la niña pudiese ser madre, y allí las demoró. El gesto me conmovió sin saber por qué, y ahora no es ningún mérito hablar de una anunciación.

Antonio Pereira¹

1 Pereira, Antonio: “La imposición de manos”, en *Cuentos de la Cábila*, Edilesa, León, 2000, p. 83.

1

Buenas tardes a todos y gracias por su asistencia. Quiero agradecer muy de corazón a la Fundación Antonio Pereira, y a mi amigo, Catedrático de la Universidad de León, José Enrique Martínez, por haberme “castigado” a estar hoy aquí con todos ustedes. Créanme, es un inmenso placer.

2

Antonio Pereira es uno de los narradores hispánicos más importantes del siglo XX. Y esta afirmación que puede parecer ditirámica simplemente responde a una realidad literaria que tantos años ha tardado en cuajar, pero que hoy está totalmente asumida por la crítica exigente y por un público generosamente amplio. Antonio Pereira ha creado un territorio literario o literaturizado un territorio (como prefieran): el Noroeste, pero

sin nunca caer en el localismo, o si quieren, tomando como divisa lo que decía el escritor portugués Miguel Torga cuando afirmaba que lo local era lo universal sin fronteras. Así, pues, el Noroeste pereiriano tiene unos marcos geográficos muy abiertos y que sólo él dibuja con esta gracia y naturalidad, como podemos comprobar en este fragmento del cuento “El asturiano de Delfina” en donde dialogan don Antonio (el cura) y el narrador:

—En todo el Poniente, las tardes tienen como una lumbre que le falta a las mañanas —y don Antonio habló de esta porción de España que siempre le bastó para su vida—: Somos gente del Noroeste. El noroeste es un país grande. Es la Galicia de los líricos antiguos y de los fabuladores de hoy, pero también la Asturias de *La Regenta* y la Sanabria de *San Manuel Bueno*, y, por supuesto, el Bierzo y los de Astorga, digamos que hasta el Torío para que quede dentro la catedral de León...

—Y la Tierra de Campos? —se me ocurrió porque justamente Delfina procedía de allí.

Se quedó pensando.

Está bien, pongamos que el noroeste llega hasta el castillo de Grajal. Pero de ahí no paso ni una legua².

Así presenta y define su territorio literario Antonio Pereira. Territorio no menos importante que *Comala* de Juan Rulfo, *Celama* de Luis Mateo Díez, *Región* de Juan Benet, *Santa María* de Juan Carlos Onetti, *Tagen Ata* de Xosé Luís Méndez Ferrín, *Castroforte del Baralla* o *Villasanta de la Estrella* de Gonzalo Torrente Ballester, *Macondo* de Gabriel García Márquez o *Auria* de Eduardo Blanco-Amor.

2 Pereira, Antonio “El asturiano de Delfina”, en *Las ciudades de Poniente*, Anaya & Mario Muchnik, Madrid, 1994, p.63.

En mi memoria Antonio Pereira es un gran fabulador, el fabulador, pero además es un gran “embaucador”, aquel que nos hace cómplices y partícipes de sus invenciones (por algo el profesor J.C. González Boixo tituló *Recuento de invenciones*³ una amplia selección de sus cuentos).

Pues bien, me veo en la Villafranca del Bierzo del curso académico 1969-1970, quien les habla cursaba allí quinto de Bachillerato, y con motivo de la celebración de la Fiesta de la Poesía, supo que existía un autor, Antonio Pereira, organizador del evento, que implicaba a sus amigos: Ramón Carnicer, Antonio Gamoneda, Antonio González de Lama o Victoriano Crémer.

Además, por aquellos días publicitaban un título de cuentos que él había escrito dos años

3 González Boixo, José Carlos: *Recuento de invenciones*, Cátedra. Letras Hispánicas, Madrid, 2004.

antes: *Una ventana a la carretera* (1967), libro que compré y devoré con gran fruición. Era el primer escritor vivo que leía. Además también (recuerdo que fue en la estación de Villafranca) tuve la inmensa fortuna y profunda satisfacción de hablar un ratito con el autor de aquellos cuentos que me recordaban, en su forma de narrar, a muchos cuentos que había oído contar a mi madre. Por eso siempre digo que Antonio Pereira es mi padre literario, en cuanto que iniciador e incitador a la lectura de cuentos. Supongo que como les habrá ocurrido a muchos de ustedes, yo me he visto involucrado en sus historias, he disfrutado y he sufrido los avatares y mil y una peripecias que viven esa galería de personajes que encarnan el mundo literario de Pereira. Y dada mi profesión de profesor de Literatura he seguido con mucha atención los pasos de la cuentística del autor y, por supuesto, ejemplificado e ilustrado los entresijos de la narración con cuentos suyos. Cuando su obra era reconocida públicamente (premios,

reseñas...) me producía una íntima satisfacción, porque los éxitos de aquellos escritores que forman parte tan activa de nuestra vida los sentimos como nuestra mejor realización.

Cuando Antonio Pereira publica en 1994 *Las ciudades de Poniente* (Premio Gonzalo Torrente Ballester de la Diputación Provincial da Coruña) ya es un autor consagrado y la cuidada edición y la editorial se encargan de difundirlo a los cuatro vientos. En ese momento le hice saber mi admiración (otra vez) y le hablé con mucho entusiasmo de la ternura y feliz construcción del cuento “El apartamento”. Y ¿qué tal sonaría en gallego? me dijo. Poco tiempo después pudo comprobar la música de su melodía interpretada en otra escala.

En 1996, en la Casa de Galicia de Madrid, con motivo de la presentación del número que la revista malagueña *Litoral* había dedicado a la “Poesía Gallega Contemporánea”, y que yo había coordinado,

hablamos largo y tendido de Villafranca, del Noroeste, de Ramón González-Alegre, de la revista *Alba* (en un primer momento, coruñesa y después, viguesa) y de los versos que Antonio había seleccionado para que figurasen al pie del monumento que lo recuerda en la alameda villafranquina y que yo me digo de memoria muchas veces:

Paso entre mirtos a rozar tu llanto
y me comporto como los jilgueros.
¡Quiero cantarte tantas veces tanto!

Pongamos que han pasado diez años, en Castriello de los Polvazares, en el I Encuentro de Traducción, el organizador del mismo, Javier Gómez-Montero, Catedrático de Literaturas Románicas en la Universidad alemana de Kiel, nos propuso una selección de textos que él había realizado tomando como tema el Camino de Santiago en León para ser traducida a distintas

lenguas: alemán, inglés, italiano, gallego y francés. En 2009⁴ se publicó la edición de los textos en castellano, al año siguiente apareció la edición en gallego⁵, y en 2013 (parcialmente) la edición en alemán: *Allá en el Norte / Dort im Nordem*⁶.

Como coordinador del equipo de traducción al gallego siempre le dije al profesor Gómez-Montero que Antonio Pereira era un “enchufado” (eso sí, con toda justicia) en *Alá no Noroeste...*, ya que figuran cinco poemas –“Al Señor, día y noche en San Isidoro”, “El regreso”, “La Plaza Mayor”, “Nocturno en la Colegiata de Villafranca

4 Gómez-Montero, Javier (Coord.): *Allá en el Noroeste. Una cartografía literaria del camino en León*, Lobo Sapiens, León, 2009.

5 Gómez-Montero, J. y Luciano Rodríguez (Coordinación de.): *Alá no Noroeste. Unha cartografía literaria do Camiño en León*, Lobo Sapiens, León, 2010.

6 *Allá en el Norte / Dort im Nordem, Gedichte und Erzählungen*, Ludvig, Kiel, 2013. Incluye la versión en alemán del cuento de A. Pereira “La barbera alemana”.

del Bierzo”⁷ y “Canción de peregrinos con Aman-
cio Prada”⁸— y dos cuentos: “ Las nieblas de la
Purísima”⁹ y La barbera alemana”¹⁰.

Nada diré con respecto a los poemas, estan-
do aquí presente la autora de *El lenguaje poético
de Antonio Pereira*, la poeta y profesora Carmen
Busmayor, quien con este título leyó su Tesis de
Doctorado en la Universidad de León en 1995,
después rehecha en libro y publicada con el título
de *Países poéticos de Antonio Pereira*¹¹.

7 Los cuatro primeros poemas pertenecen a su
primer poemario *El regreso* (1964), en *Meteoros. Poesía,
1962-2006*, Madrid, Calambur, 2006, pp. respectivamen-
te, 56, 36-37, 54-55 y 57.

8 En su último libro de poemas: *Viva Voz*, en *Me-
teoros*, pp. 332-334.

9 Pereira, Antonio.: *Me gusta contar. Selección perso-
nal de relatos*, Del Taller de Mario Munchnik, Madrid,
1999.

10 Pereira, Antonio: *Picassos en el desván*, Monda-
dori, Madrid, 1991.

11 Busmayor, Carmen: *Países poéticos de Antonio Pe-
reira*, Universidad de León. Secretariado de Publicacio-
nes, León, 1996.

Sí quiero referirme a algunos de los ingredientes esenciales que han ido configurando el buen hacer cuentístico de Antonio Pereira y que voy a ejemplificar (disculpen los guiños profesorales) con el titulado “La barbera alema”.

Una peregrina alemana, suponemos alegre viajera por la Vía Láctea, llega a tierras bercianas en un lamentabilísimo estado. Cuando se recupera de la insolación opta por quedarse a vivir entre las gentes que la han acogido sin pedir nada a cambio, trabaja en muy distintas actividades hasta que, jubilado un barbero, ella muestra sus habilidades en el oficio y decide sustituirlo. Todo se anima alrededor de la barbera hasta que un buen día aparecen en la puerta de la barbería dos agentes que vienen en su busca para hacerle rendir cuentas de una “fechoría” de la que ella venía huyendo.

Antonio Pereira tiene una historia que contar, sabe poner en vilo al lector con un comienzo que abre expectativas, mantiene la atención con una

precisa, exacta y adecuada dosificación de la información, y nos sorprende con un final que gana al lector completamente.

Decir que Antonio Pereira es un maestro del cuento es simplemente hacer justicia a una obra que en su edición definitiva se configura en una decena de libros y un total de 219 cuentos¹². ¿Son muchos? ¿Son pocos? La respuesta nos la dio José Lezama Lima en su libro de ensayos *Nuevos tratados en La Habana* en el texto “Plegaria del tomista” cuando nos dice que la obra literaria no importa que sea larga o breve, importa que tenga “la abundancia justa”. Algo de esto creo que se da cumplidamente en los cuentos de Antonio Pereira.

Lamento profundamente que un cuento que proyectábamos escribir a cuatro manos sólo hayamos construido los marcos: el comienzo y el final. Me gustaría que ustedes lo terminaran:

12 Pereira, Antonio: *Todos los cuentos*, Siruela, Madrid, 2012.

Cuando vi las vías del tren villafranquino
cubiertas de maleza se me encogió el corazón.

[...]

Ahora ya sabemos que los sueños bien soñados se acaban convirtiendo en realidad.

PEREIRA, EN EL NOMBRE DE LA LITERATURA

XOSÉ CARLOS CANEIRO

Supongamos que Horacio Quiroga tenía razón cuando escribió, en su “Decálogo del perfecto cuentista”, que un cuento es una novela depurada de ripios. Supongamos que sus consejos de elegir un maestro (Poe, Maupassant, Kipling, Chejov) o de creer que no debemos soñar con el dominio del arte eran en verdad válidos. Supongamos que tenemos presente el decálogo, tan pertinente como el de Quiroga, que en el prólogo de “Me gusta contar” escribió el maestro Pereira, punto séptimo: explotar la voz imaginada del narrador, un cuento es la ficción de una voz. Supongamos

más tarde que escribimos un cuento a medida que hablamos de él, que teorizamos sobre él o que dirimimos epistemologías y retóricas. Nosotros somos los personajes metaliterarios del cuento que crece y se modela entre mi voz y su atención, entre mi imaginación y la suya. Ciertamente eso es lo que somos los escritores, o eso es lo que pretende que seamos el sistema literario protosecular que nos conduce al abismo de la inexpresividad, al piélago de la nada. Los maestros y guías de nuestra obra no serán nunca Faulkner o Borges o Proust o Cervantes o Pereira, sino los mercados literarios que alimentan nuestras vanidades (No hay dinero en la poesía, aseguraba Robert Frost, pero tampoco hay ninguna poesía en el dinero). Aún así podemos permitirnos el rigor de afirmar que Pereira, Proust, Cervantes y Borges —por poner un cuádruple ejemplo— actúan como referentes en nuestra obra y más tarde, cuidadores de nuestra Hacienda, escribir aventuras de capa y espada afirmando y asegurando que esa es la verdadera

literatura, que nosotros la descubrimos, que sin nuestra narrativa la República de las Letras era un yermo habitado por incapaces.

Pero como esto es un cuento y del cuento debo escribir –pues nos ha convocado la Fundación que lleva el nombre de uno de los más eximios autores de cuentos de la historia de la lengua y literatura españolas– regreso a Quiroga y a las certezas que lo movían y conmovían: “No empieces a escribir sin saber desde la primera palabra adónde vas”. Créanme, lo he intentado desde el inicio. Sé cómo va a terminar este relato y he puesto toda mi capacidad, que no es mucha, en la redacción exacta del inicio. Un inicio que intentaré recoger en el remate de estas líneas. Antes, sin embargo, consciente de que ustedes y yo mismo somos personajes, me propongo definir el espacio, el carácter y las decisiones capitales para formar el paradigma narrativo en el que tenga cabida el cuento que me propongo escribir con Pereira al fondo.

Hablo, pues, y afirmo que no puedo detenerme en largas descripciones o exégesis ni mucho menos explorar el sentido último de la existencia, de la muerte, o del destino. Eso está solo al alcance de los artistas excelsos que practican este arte, Antonio Pereira, verbigracia. El cuento tal vez sea el modo que tenemos los novelistas de flexionar y flexibilizar nuestro espíritu poblado de intenciones. El cuento es sano como ejercicio, pero no como lugar para instalarse definitivamente, a no ser que uno llegue a dominar su etiología, desarrollo y maneras como lo hacía don Antonio, hacedor prodigioso. El cuento delata al mal escritor, la mayoría, y encumbra al genio, la extrema minoría. El cuento, a veces, convierte en protagonistas de la ficción a los propios cuentistas —como sucede en los *Cuentos de la Cábila*—, gracia que se evade y elude en el arte de la novela. Regreso al decálogo de Pereira, punto noveno: el novelista puede ser altanero, el cuentista debe ser cordial y amistoso. Nosotros mismos, ustedes y

yo, protagonistas de este trozo de irrealidad, llegaremos al final de esta historia y resultaremos todavía seres desconocidos. Desconocidos a pesar de que uno de los presentes ayer noche penetró calladamente, mientras dormía, en el recinto de mi hotel, en la habitación de mi hotel, en el hotel de mí mismo. Entró en mi cuarto, o en mi interior decía, y contempló mi sueño intentando descifrar el sentido de estas palabras. Descifrar mi cuento para poder ser, él o ella, único protagonista de la trama que en este momento expongo. Él o ella, ignoro quién, robó el argumento y ahora puede estar dispuesto a interrumpir la exposición, gritando, arguyendo motivos para mi silencio; “cállate” está pensando. Cállate, en el cuento cabe el destino, la muerte, el ser humano, el cuento no es un género menor, ni mucho menos, es el verdadero territorio del narrador que pretende construir de modo exacto, precioso y preciso, ese arte literario inaccesible para la mayoría y posible para los elegidos.

Pero por favor, querida o querido intruso, quien habla ya a estas alturas de géneros literarios. Nos importa únicamente la literatura, la literatura que debe constituirse como el modo verbal de la condición humana, como quería el maestro Cortázar, el mismo que pretendía reemplazar lo estético por lo poético, la formulación mediatizadora por la formulación adherente, la representación por la presentación. El maestro Cortázar, el mismo que si levantase la cabeza repetiría, hiperbolizando, alguna de las tesis que en su “Teoría del túnel” dedica a ciertos escritores que “aprovechándose astutamente de una humanidad cada día más indefensa, cada día más alcanzada por el azúcar del eslogan y del cine se apresuran a empaquetar trozos de vida teniendo cuidado de que desde la primera página el lector sepa con alivio que no se le pide esfuerzo alguno y que se le muestra para su complacencia una ventana sobre cualquier lugar que no sea aquel donde vive y lee su libro”. Pero

Cortázar o Pereira no pueden levantar la cabeza, no se lo permiten.

La literatura permanente vive momentos de angustia. La literatura permanente, aquella que Schopenhauer definió como clásica –o para señalarlo a la manera de Calvino: los libros que nunca acaban de decir lo que tienen que decir– sufre momentos de agonía, de lucha incruenta pero terminal. La literatura permanente, los textos que crean a su alrededor un espacio siempre fructífero –como nos dicta George Steiner–, se defiende sin uñas y sin dientes ante la avalancha de simplezas y fruslerías y bagatelas que pretenden disfrazarse de literatura. Y no puede ser. Uno, por supuesto, no tiene nada en contra del sucedáneo literario, o de la pseudoliteratura, pero reclama con perseverante insistencia que se vaya colocando a cada obra en su lugar, a cada autor o autora en el mundo que verdaderamente le corresponde; y el mundo de la literatura, evidentemente, poco tiene que ver con

el mundo del espectáculo, de la modélica pasarela o del márketing que dicta determinados modos de hablar, decir, vestir o pensar para entrar en el Olimpo de las popularidades. Las popularidades que no son el garante de la calidad literaria, ni del desafío por procurar los límites del lenguaje —como quería el mago Wittgenstein— ni el antídoto contra la repetición, ni el remedio contra la apatía creadora que parece instalarse entre las venas de este 2014. Vivimos en el “Mundo feliz” que Huxley retrató, idolatrando la no libertad en la que crecemos, con la auténtica literatura reposando en las estanterías del olvido hasta que el tiempo la rescate, con la necesidad de leer y conocer derramada en propaganda de lecturas blandas y mansas y reductivas, con la diferencia y la disidencia castigadas por los que pretenden homogeneizar/homologar/anaforizar la literatura con un exceso de presunta información tan alarmante, que la actualidad, más que nosotros mismos,

es quien llena el presente, el pasado y futuro de nuestro existir.

Poner las cosas en su sitio. Ansia, la mía, vehemente y temeraria y constante y pertinaz que no va ser oída por nadie (“Hay que imaginar feliz a Sísifo” nos enseñó el tan amado Alberto Camus). Pero por nombrarla, vehemente temeraria pertinaz y constantemente, que no quede: estamos miniaturizando el arte literario, o la arte literaria si ustedes lo prefieren. El arte que nos enseña a conquistar la dificultad y que se mueve por reglas distintas a las de la mercancía o a las del producto comercial. El arte que se construye con la belleza como axioma y con el desafío, el reto, como fuerza motriz. El reto de construir obras, disculpen la inmodestia, que puedan vencer al tiempo. Lo diré trasladando aquí el célebre pensar de Borges: debemos escribir para la memoria, no para el olvido. Eso es lo que hizo el autor que hoy nos reúne y a él quiero dedicar esta mi rebeldía.

Lo dicho debería ser bastante para reflejar mi visión de Antonio Pereira, escritor a contracorriente, pero sin duda resulta escaso para llenar esta ficción que páginas atrás me propuse. El cuento dentro de la teoría del cuento, esa que todavía no ha aparecido por ninguna parte. Le haré caso a Bufalino que sabía que “escribimos para habitar el desierto, para no estar más solos y para distraernos de la tentación de la Nada”. Ese es el único motivo de la literatura, el mismo que me movía cuando inicié esta elucubración sobre la breve prosa, brillante, de Antonio Pereira.

Vayamos, pues, al cuento, que es una novela depurada de ripios. Vayamos a mi habitación conquistada por un extraño o extraña que conoce perfectamente el sentido de este criptograma recientemente escrito. No gastaré demasiados adjetivos con ella o con él, es absolutamente necesario. Su carácter, parece evidente, ya está definido en la acción inicua cometida: el allanamiento de morada tan repetido en policíacas

series. La trama debe transcurrir célere, casi volátil. Ustedes, protagonistas de la acción, conocen perfectamente lo sucedido y están implicados en tan lamentable suceso, no lo nieguen, no pretendan engañarme con sus ora inquisitivas, ora inocentes miradas. Sin embargo me he adelantado a los acontecimientos y he cambiado el final. Eso es lo más importante del cuento, el final, ese que nos acaricia de repente y que deja en nosotros una emoción demorada, un entusiasmo que reconocemos mejor cuando cerramos el libro y disfrutamos su sal, su aroma, su silencio. El buen cuento, como la buena novela o el buen poema o la buena literatura, deja en nosotros un sabor, sabor que nos transforma, sabor que nos define y nos defiende del tedio y sus curvas, ese laberinto gris de este inicio de siglo en el que nos ha crecido, lamentablemente, la desesperanza.

Este nuestro tiempo es también un cuento rancio que el sistema nos vende utilizando como instrumentos portavoces a escritores y escritoras

que, seguramente, no han pensado demasiado sus afirmaciones. La novela, o el cuento como analogía de la novela, no morirá porque con ella moriría parte del ser humano, de sus búsquedas, de sus inquietudes, de sus temores, expectativas e ilusiones... moriría parte de nuestra voz y navegaría, ya sin el sabor del que antes hablaba, entre redes conspiradoras que transformarían su elemental belleza en múltiples formas que responderían a las inclinaciones de las mayorías y sus previsiones y sus ponderadas estadísticas.

El final, entonces, es este. Ustedes se levantan, cansados de oírme y el que habla, que existe en este momento porque Antonio Pereira nos ha convocado a todos, dejará de pronunciar pávidas palabras de iconoclastia y rebeldía, virtudes ambas que reclamo con vehemencia y sin disimulo para esta nuestra amada Patria de las Letras.

El final consiste en seguir soñando. Porque el principio, sostiene Pereira, es tener una historia

que contar. Un sueño. Ustedes y yo mismo soñamos hoy al maestro don Antonio. Ustedes y yo mismo escribimos estas palabras que formarán parte de un cuento con final feliz: el cuento breve pero eterno, inasible pero poderoso, de la literatura. La buena literatura. Esa que une y ata y junta y congrega. Ojalá nunca nos separe. Amén.

ÚLTIMAS TARDES CON PEREIRA

JOSÉ MIGUEL ALONSO GIRÁLDEZ

Para Úrsula

Por razones que desconozco nunca coincidí en la ciudad de León con Antonio Pereira. O quizás sí, en una ocasión, en un acto en Sierra Pambley: creo recordar, no con excesiva nitidez, que fue con Agustín Delgado y Gamoneda, entre otros. En fin, no quisiera equivocarme. Imagino que el hecho de que él viviera en Madrid y yo, desde finales de los ochenta, en Santiago de Compostela, algo tuvo que ver. Lo cierto es que me hubiera gustado coincidir aquí, en la vieja ciudad, no verlo solamente, como lo vi muchas veces,

en la distancia, cuando aún no nos conocíamos, entrando o saliendo de las redacciones de algún periódico. Los encuentros en las calles de una ciudad son importantes, marcan toda una vida y a veces significan mucho: no hago más que pensar en *Ulises* de Joyce, donde todo son encuentros y desencuentros sobre el mapa de Dublín. Y resulta que ese es el argumento de nuestras vidas. En Madrid, Antonio y yo sí coincidimos: cuando me citaba, claro que lo recuerdo ahora, en el Café Gijón. Uno de sus territorios favoritos. Quedamos una vez allí para una entrevista, pero él se olvidó pronto de las preguntas y se puso a mostrarme el lugar donde los clásicos y los no tan clásicos se reunían al atardecer, como se reúne una manada de animales desvalidos, en busca de calor en lo más crudo del invierno. En Galicia, solo lo seguía de oídas, cuando subía a Ferrol, o cosa semejante, pero el tiempo me impedía siempre acudir a sus memoriosas charlas. Así que, después de todo, no nos vimos tantas veces, y ahora, pensándolo bien,

sé que Antonio Pereira y yo nos conocimos sobre todo en el aire. En el aire de la radio, donde tuve el privilegio de entrevistarle en algunas ocasiones.

Con el tiempo, eso sí, vine a Villafranca. Ese era el verdadero territorio *rilkeano* donde Antonio Pereira desplegaba sus encantos. Allí ponía en marcha su capacidad de seducción, que era mucha: bastaba verlo llegar, con el sombrero calado, más tarde con el bastón a mano, sentarse en la plaza bajo la arcada, y, en pocos minutos, enseñorear a la parroquia, por demás conocida de tantos años, que seguía ensimismada el señuelo de alguna de sus narraciones, como quien sigue ciegamente al flautista de Hamelin. No he conocido a nadie con ese mágico poder de seducción, con esa facilidad para contar, en cualquier circunstancia, sin tener que coger postura para ello. A Villafranca empecé a acudir cuando ya hubo confianza: recuerdo bien las últimas tardes con Pereira. La Fiesta de la Poesía en aquel lugar, al que algunos dimos en llamar Villafranca del Verso, quedaba tan natural como

cualquier otra cosa. En la alameda, bajo el sol, se recitaban poemas con facilidad pasmosa, mientras los niños corrían y gritaban, sin romper el tejido inconsútil de la magia. La cuadragésima edición de la Fiesta de la Poesía, que incluía el homenaje a Antonio y a Gamoneda, la recuerdo sobre todas las cosas. Con la perspectiva del paso del tiempo, siento gratitud inmensa hacia aquellos días de verano. Inmensa gratitud también hacia las invitaciones de Antonio, que te recibía siempre como si acabara de verte el día anterior, alegre, algo socarrón y con indudable retranca galaica. Aunque él, de quien me hablaba a menudo, era de Juan Carlos Mestre. Vestido de negro, como un juglar, Mestre me pareció desde el principio un ser de una energía literaria desconocida e insondable. Creías que llegaba de un lugar extraño, creías que llegaba de una ciudad dorada y azul. Pero era de allí mismo. Un toque suyo, un golpe de palabra, y todo cambiaba de inmediato. Antonio Pereira lo sabía muy bien: era capaz de reconocer a los portadores de esa luz.

En los últimos años conocí a Antonio Pereira mucho más que en todas las décadas anteriores. Aquellas últimas tardes. Su presencia literaria se había acelerado. Recibió galardones y reconocimientos, pero él me llamaba por los libros y por las historias que escribía o que reeditaba, nunca por los premios. “Te tengo en buena fe, y eso que mira que eres pesado”, me decía en medio de un programa de radio en noviembre de 2003. Es cierto que Antonio Pereira cuidaba con mimo la salida de sus libros, seguramente porque conocía como nadie el enorme esfuerzo que demandaba la producción literaria. Cada palabra, cada coma, valía para él un potosí. Podía relativizar una costumbre, una tradición, una actitud, hasta incluso una maldad: pero jamás relativizaba una palabra escrita. Estos días he colocado otra vez sobre la mesa los ejemplares de sus obras. Él me los enviaba puntualmente, siempre con una nota manuscrita en sus fichas rayadas de cartón, inconfundibles, una nota escrita sin prisa, con su letra redonda,

cuidadosa, delicada. No era una dedicatoria al uso, sino una breve nota literaria, incluso un comentario crítico, siempre contenido. En 1999, con motivo de la reedición en Espasa de *País de los Losadas*, me escribió: “Querido José Miguel, *País de los Losadas* es una novela gallega, de un Caurel medio real, medio inventado”.

Conocí a Antonio Pereira, en efecto, en los años de gran efervescencia literaria, los años de su gran explosión como autor de cuentos, fundamentalmente a partir de los ochenta. Sin embargo, cada entrevista con él era como regresar a toda su biografía. Hablábamos del tiempo como si fuera una pieza uniforme que no pudiera desgajarse, como si no pudiera dividirse, ni trocearse, como si todo estuviera unido con todo. Hablabas de hoy, pero con rapidez salía el ayer, y la infancia, y los días de los caminos polvorientos, las bicicletas, las chicas del verano. Antonio Pereira era capaz de convocar todo su tiempo en el mismo lugar, reunir los dioses del pasado y del presente.

Y la memoria llegaba cegadora como un meteoro. “Mi padre era de la estirpe de los *ferranxeiros* de Fonsagrada”, me decía en cuanto tenía ocasión. Su lado galaico lo tenía muy a gala. Sé que escucharme (porque hablábamos por teléfono de vez en cuando) al otro lado de las montañas de Ancares, desde su casa de Madrid, o desde la de León, suponía para él un viaje sentimental que no estaba dispuesto a desaprovechar. Sabía de sobra que yo había nacido en León, como él, pero en cuanto nos poníamos un poco literarios trufaba la conversación de expresiones galaicas, de referencias a la cultura gallega, o a sus amigos de allí, como si eso le dejase más tranquilo. Como si de esta forma encontrase el cordón umbilical que le unía a su otra tierra madre, Galicia, con más facilidad, y el sonido del mundo, el retumbar del universo en las montañas, como el *omphalos* que encontraba Seamus Heaney en su granja de Derry.

Ahora bien, lo que de verdad le gustaba a Antonio Pereira, más incluso que las palabras, más

incluso que comer y beber con los amigos, eran las herramientas. *As ferramentas*. A Pereira le gustaban los aperos, y las bombillas, y los instrumentos de ferretería, y sus nombres. La cosa venía de familia, claro, pero él encontraba en los objetos un enorme poder, la fuerza de la memoria de los que un día los tocaron o los usaron. En ellos se acumulaba el polvo y el poso del recuerdo. En diciembre del año 2000, en una entrevista titulada *La infancia recuperada*, que publiqué en el *Correo das Culturas* de *El Correo Gallego*, Antonio glosaba los *Cuentos de la Cábila*, traducidos a la lengua gallega y publicados por Editorial Galaxia, y me decía: “Una época queda siempre en los objetos y en los oficios. Aparecen las bombillas Osram, rosca Edison, la fábrica La Cepedana, la ferretería de mis padres... Los sabios a esto le llaman cosas de la semiótica”. El estrambote irónico nunca faltaba en Antonio Pereira. Porque su mirada hacia el pasado, hacia esos nombres y esos objetos, y esas memorias, y esos días azules y ese sol

de la infancia, no son en él tan nostálgicos como cariñosos, compasivos, comprensivos, humildes, socarrones, dolientes, divertidos, agridulces e irónicos.

De los *Cuentos de la Cábila* hablamos muchas veces. Antonio no era muy partidario de hablar de eso del territorio de la infancia, pero yo insistía. La pureza de los días que no volverán, los días de verano, que duraban años. No quería, en efecto, nostalgias, sino demostrar que la vida está trenzada con momentos liminales, con iluminaciones que sólo un niño es capaz de detectar. La vida está escondida en las mayores simplezas, pero esa emoción produce un estallido de felicidad que regresa cada vez que lo recordamos. De los *Cuentos de la Cábila* hablamos muchas veces, más que de *Las ciudades de poniente*, me parece, ese libro que le había unido al espíritu de Torrente Ballester ya para siempre. “Pero cómo no va a estar presente Galicia en mis cuentos”, me decía Antonio Pereira, cargado de razón, con esa razón

que él construía en silogismos perfectos, acompañados de la entonación necesaria, como quien da con la solución al acertijo. En efecto, le gustaba galleguizar la conversación cuando hablaba conmigo, aún a sabiendas de que yo, aunque leonés, tenía mucho de galaico por parte de madre: y decía mucho *filliño*, y *ferramenta*, y *ferranxeiro*, y *meu pai*, y rapaz, pero también decía *rapariga*, y luego añadía que Lisboa, tal vez, era la mejor ciudad del mundo. Me leía unas líneas en gallego de *Os contos da Cábila*, que se tradujeron en 2003, de la mano de Xesús Carballo Soliño y me preguntaba retóricamente: “¿A que suenan bien? A mí es que me suenan muy bien”. Y se demostraba a sí mismo que podía nadar en esas aguas de la frontera, que estaba realmente en la frontera, que su literatura brotaba como un manantial de las montañas, que era puro Noroeste, sin distinciones, porque la oralidad le había llevado a elegir siempre la palabra exacta, que es la palabra pronunciada, la palabra de la tribu. El filandón, el cuento narrado,

el artefacto oral: ese era el verdadero secreto. En *Os contos da Cábila* salen mucho los *fogoneiros* de Monforte. Monforte, un puntal, un punto de apoyo en el vertiginoso mapa de la frontera. “Galicia tiene muchas razones para salir en lo que escribo”, me decía en el 2000. “Galicia se respira en mis libros porque el barrio de la Cábila es, en cierta manera, el lugar más extremo de España en que se usa el castellano. Un vez que se atraviesa el puente de Villafranca, ya se habla gallego más que otra cosa”. Y en noviembre de 2003, en una entrevista radiofónica, esta vez nocturna, Pereira abundaba en la traducción gallega de este libro. Explicaba entonces lo siguiente: “Yo diría que en mi literatura hay un destino manifiesto de que antes o después algún libro mío se vería en gallego. Fruto del cariño que le tengo a Galicia y sobre todo a la lengua gallega. Además estas fábulas de la Cábila se desarrollan todas en el Bierzo... muy leonés sí, pero oreado por el aire de Galicia, y cercano a los sentimientos de Galicia. Los editores

de Galaxia se interesaron mucho por este libro, así que no hemos tenido ningún problema. Ahora bien, de la traducción es algo de lo que no puedo hablar, como es lógico... No puedo certificar absolutamente su fidelidad, pero vaya, me inspira confianza. Primero porque Galaxia me merece mucho crédito: allí está al frente un hombre que conocí hace tiempo, que es Víctor Freixanes, y sé que se puede confiar en él. Por otra parte, mi impresión es muy buena. Veo algún libro mío, algún texto mío, en el extranjero, y como no sea traducido al francés... pues difícilmente puedo yo decir... En fin. Fíjate..., he visto recientemente alguno traducido al noruego... con todas esas consonantes juntas, una detrás de otra, y algunas letras atravesadas por un palín, que ya me dirás tú, qué haces con todas esas consonantes... cómo se pueden pronunciar... y claro, la verdad es que de eso yo no puedo opinar mucho. Pero verán, si abro el libro y leo en gallego (y entonces lee), algo entiendo, eh. Vamos, que lo entiendo bastante.

No solo lo entiendo, es que además me suena muy bien. Me suena a que hay una identidad con mis sentimientos en el momento de escribirlo. Así que me satisface”.

Los vínculos gallegos de Pereira, desde el punto de vista literario, pero también desde el punto de vista geográfico, son tan abundantes que él pasa por autor galaico a nada que se lo proponga. Y la verdad es que se lo proponía de vez en cuando. El apellido, claro, ayudaba. Creo que siempre se consideró un autor del Noroeste, aunque también es cierto que las etiquetas no le importaban demasiado. Viajó mucho, fue bastante menos local de lo que a veces dan a entender sus historias. Sus influencias literarias son globales. A Ledo Ivo lo citaba siempre. De Borges, tenía el recuerdo imborrable de un encuentro. Tan poco amigo de mitos, iconoclasta impenitente, creo, sin embargo, que Pereira no podía desprenderse del abrazo de Borges por la calle Florida. Y lo citaba como un niño cita su ropa de domingo. Creo que no lo

hacía con nadie más. En realidad, sus pasiones literarias eran tan dispares como abundantes. Muy galaicas también. Recuerdo que nunca se desprendía del recuerdo de la revista *Espadaña*. Aquella frase, “la locomotora silbó”, que escribió en un examen de reválida de tercero de bachillerato, fue el inicio, me decía, de su conciencia literaria y el inicio también del gran viaje, que duraría hasta su muerte: en tren de Ponferrada a León, el primer peldaño del universo, la salida del útero vegetal y pétreo de Villafranca. En sus menciones era generoso. No sólo con los muertos, que es lo fácil, sino con los vivos. Ramón González-Alegre Bálgora siempre salía a relucir en las conversaciones que teníamos. González-Alegre no era gallego, que había nacido en Villafranca como él, pero lo parecía. Lo tenía por un faro en su camino, aunque sobre todo por su gran amigo de los primeros años, y *Alba*, la revista creada por González-Alegre, guardaba para él un carácter iniciático y fundacional de su literatura, tanto o más que *Espadaña*.

Ahora, con el Día das Letras Galegas dedicado a Xosé María Díaz Castro, he vuelto a recordar la extraordinaria importancia de *Alba*. González-Alegre era Moncho, *Monchiño*. En la ya mencionada entrevista de noviembre de 2003, Antonio Pereira me hablaba de *Alba*, pero en realidad ya lo había hecho otras muchas veces. “Tengo que decirte que una de las cosas más deliciosas de mi vida me ocurrió hace cinco o seis años, cuando me llegó un regalo maravilloso: la edición facsimilar que el Instituto de Investigación Ramón Piñeiro, en Santiago, hizo de la colección de la revista *Alba*”, me decía Pereira, entusiasmado al otro lado de la línea telefónica. Y seguía: “No sé lo que yo hubiera pagado por eso, si no me lo hubieran regalado... Qué maravilla. ¡Incluso reproducía el tipo de papel! *Alba*, ya sabes, la hacía aquel loco maravilloso de mi pueblo Ramón González-Alegre Bálgora... un apasionado, un hombre que sacaba adelante a su numerosa familia... un gran amigo. *Monchín* Bálgora tiraba de mí y uno de

mis primeros poemas en *Alba* fue *Viajeros del Alba*, precisamente, y gustó mucho, sobre todo a Cameselle Barcia, que era un poco codirector de *Alba*: sí, me dijeron que a él le había gustado mucho. Bueno, me lo decía Moncho, *Monchín*. Me lo decía sin dejar de comer cerezas”.

Antonio hablaba de González Alegre con asiduidad. Era uno de sus temas favoritos de conversación cuando se refería a sus orígenes literarios. Y lo hacía con verdadero aprecio. “Ramón González-Alegre Bálgora era abogado en Vigo. Era una calamidad en el orden práctico”, reiteraba. “*Monchín* se escapaba a Villafranca en cuanto podía, y allí trabajaba en sus delirios poéticos. Yo por entonces publicaba en *Espadaña*, hacía mis pinitos allí. Moncho, *Monchiño*, venía por Villafranca todos los veranos, comía *cereixas* (sic) sin parar... un poco imprudente... “tan fresquiñas”, decía, y las tomaba con vino tinto... así que lo pasábamos muy bien. Mi mujer, a la que González-Alegre quería mucho, me decía: “Mira, es el

único en la vida que me ha llamado Ursuliña...”. Y Antonio Pereira, respirando hondo, satisfecho de los recuerdos, concluía: “Puedes creerme, amigo Giráldez (como casi siempre me llamaba), que tengo unos recuerdos impresionantes de todos aquellos veranos”.

La memoria es siempre materia prima para los contadores de historias. Bien es cierto que a Pereira le gustaba falsear los asuntos, meter ficción donde había que meterla. Lo de la autobiografía le iba lo justo, y si, inevitablemente, había referencias a personas y a cosas vividas, ya se encargaba él de darle carrete a la imaginación, como en las noches de nieve en lo más crudo del invierno. Era un fabulador, un memorioso borgiano: y allá quien se creyera todos sus laberintos. Este engorizador de recuerdos, sin embargo, sabía mantener la hermosa tersura de lo que era verdaderamente cierto. Como el relato le brotaba de natural, allá donde estuviera, Antonio me contaba aquello de *La ilustre casa de Pereira*, un relato estupendo

incluido en *Cuentos de la Cábila*, que no por conocido y contado ya por él en varios foros voy a dejar de referir aquí. Me explicaba, con gran delectación y socarronería: “*Cuentos de la Cábila* es un homenaje, claro, a mi barrio, al barrio de la infancia, porque tiene unos aspectos autobiográficos innegables. Pero, como sabes bien, yo he procurado siempre decir que no se debe tomar todo lo que digo al pie de la letra. No hay que buscar siempre referencias concordes con la realidad y con la historia. Eso tampoco puede hacerse. Los míos son cuentos memoriosos; es, en efecto, [el resultado de] mi educación sentimental. Yo era un rapaz soñador, un poco fantasioso. Hay un cuento que se titula *La ilustre casa de Pereira*, y, claro, es un homenaje a Eça de Queiroz por *La ilustre casa de Ramires*. Hay una fabulación en el relato, que es clarísima. En el relato yo cuento que de niño todos los veranos me llevaban a una *quinta* en Portugal, donde tenía un pariente, un tío a cuya casa iba a merendar el gobernador civil y el obispo

de aquella región, y aquel tío mío, de los Pereira de Portugal, me hablaba con mucho orgullo de la familia portuguesa... y decía... “nosotros, que somos parientes del prior tal y cual, ... y de don Nuno Vasco Pereira, que tanto tuvo que ver con Aljubarrota...”. Y todo eso me ocurría en los veranos en los que se le ablanda a uno la sesera, y a uno de daba por esas ensoñaciones y por esas *toladas* (locuras, en gallego): vamos, todo esto se dice allí literalmente. Bueno, pues verás: alguien debió de leerlo mal, porque en un periódico de las Azores, con cierto sensacionalismo, lo reconozco, se dice que el escritor Antonio Pereira es descendiente directo de don Nuno Vasco Pereira, y tal y cual, con foto y todo, y el artículo, que quieres que te diga, pues ocupa una plana. Yo, en fin... me dejo querer. De la misma manera que salvando todas las distancias Valle-Inclán era Marqués de Bradomín, y Cela también era marqués, pues... yo... a lo mío. En fin, que no está de más que la biografía tenga sus elementos de realismo mágico.

Confieso que un poco empujado por mi devoción a la verdad, me preocupé, porque creí que el asunto se iba a hacer una bola y que crecería. Pero mis amigos me dijeron, “deja, deja, que lo sigan creyendo. Si no pasa nada”, concluía, entre risas.

Estas cosas, y otras así, se le ocurrían a Antonio Pereira. Y lo bueno es que la anécdota se convertía en un cuento sobre el cuento, y todo se hacía literatura en su boca, aún sin pretenderlo. Tuve que recordarle lo de Elías Canetti. Canetti imitaba la voz de su ama de llaves para decir que “el señor Canetti no se encontraba en casa. Qué fatalidad”. En esto de las falsificaciones de la historia ya se sabe que de todo hay, pero siempre está la disculpa de lo literario. Y Antonio Pereira, satisfecho de sus imposturas y sus falsificaciones, de sus coqueteos con la ficción, de su amor por las *toladas* o las *tolerías*, que tanto da, me contestaba con coña infinita: “No te preocupes tú, me dice. Siempre que me llames tú, no disimularé la voz. Te lo prometo. Conmigo tienes bula y línea

directa”. Y se reía sin grandes alharacas, como solía, dejando el recado burlesco, como el torero deja el descabello y se da la vuelta al ruedo sin mirar atrás.

Muchas más historias podría contar, pero lo que es cuento largo ha de hacerse corto, como a Antonio Pereira le gustaba. Un día me confesó lo de sus diarios: algo conocido, a lo que ya otros buceadores en la obra de Pereira se han referido en artículos anteriores. A mí también me habló de los diarios que venía escribiendo desde hacía más de treinta años. Los diarios en los que se encontraba su verdad: sin disimulos ni afeites. “Puede resultar presuntuoso, pero uno ha ido conociendo a alguna gente...”, decía con sorna. Y continuaba: “Tengo un diario que llevaré escribiendo ya unos treinta años... (lo llevo desde el año 70): es sobre literatura, sobre aspectos íntimos, sobre gente que he conocido, sobre viajes, mis *paseatas* con Borges por la calle Florida, con Truman Capote, en Brasil con Ledo Ivo... Lo que pasa es que hoy hay

una plétora, una abundancia de memorias... así que no está nada fácil [publicarlo]. Yo, como no tengo una vida escandalosa (...), pues tal vez resulto poco interesante... Eso no quiere decir que el texto no lo valga. Lo voy escribiendo a mano, minuciosamente, en un bloc. Lo tengo ahora mismo delante. Esta entrada [que tengo ante mí] habla de un almuerzo con los Aznar: ya ves tú... yo, que no suelo hablar de política. “Llegué al Palacio de la Moncloa con media hora de adelanto...”, anoto. Bueno, solo es un ejemplo. Yo no soy de su partido... ni llevo mucho camino de serlo, pero tengo que decir que me sentí muy honrado por la invitación...”

Cada verano, Antonio Pereira regresaba al lugar inicial, al *ómphalos* villafranquino. En sus últimos tiempos, sin embargo, el optimismo habitual, la socarrona mirada hacia el horizonte, se tornó amargura por la inevitable vejez, como si revisitara a Yeats, pero sin las doradas solemnidades de Bizancio. Muchos de los que amaba estaban

aún vivos en 2003, cuando me dijo: “Me muevo, Giráldez, me muevo contra viento y marea. Pero mira, no puedo tener aspiraciones a decanato. Ramón Carnicer es un excelente autor de viajes. Hace ahora 91 años. Y 96, Victoriano [Crémer]. Y corre y se mueve. Y cómo bebe y come. Y cómo cena Victoriano. Entonces ya ves, si uno se pone a comparar...”, me contaba, como si quisiera detener el tiempo.

Se acordaba mucho de Carlos Casares, al que no conoció personalmente. Pero a quien no podía olvidar nunca era a Cunqueiro, un faro imprescindible. “Cunqueiro iba para Nobel, hombre. Se anticipó a García Márquez y a todos los del realismo mágico”, decía de vez en cuando. “Y ya ves qué cosas: [hablo de Cunqueiro] y ahora mismo tengo ganas de ir a Mondoñedo, al restaurante *A Voltiña*, a tomar callos con garbanzos. Pero corta ya, que soy un charlatán”.

Fueron algunas de las tardes postreras. En la última, el sol doraba los tejados de Villafranca con una suavidad infinita y una luz de harina nos envolvió a todos.

